Los mitos de Paraguay y sus contenidos culturales en el aula de ELE

Santiago Daniel Bernal
Instituto Cervantes de Río de Janeiro

La nación guaraní, que ocupa gran parte de Sudamérica, dividida en diecisiete sociedades etnográficas en el Paraguay actual y en zonas circunvecinas. Esta nación cuenta con una rica producción literaria, especialmente de mitos y leyendas, con personajes conocidos como tal o transmutados, que sobrepasan las fronteras de provincias o departamentos, de países o regiones. Y uno de estos mitos, el Kurupí, se ha folclorizado en la cultura popular mestiza de Paraguay, pero la mayor parte nos es por completo desconocida, y tan exótica, como cualquier otro mito asiático o africano. Este personaje también es conocido en Brasil con el nombre de Kurupira, demostrando de esta forma el vasto territorio, tanto de límites como de personajes mitológicos, de la nación guaraní.

Los mitos, como es bien sabido, pueden ser sometidos a distintas lecturas y a variados procedimientos de análisis. Etnólogos, historiadores de las religiones, científicos sociales, psicoanalistas, filósofos y teóricos de la literatura encuentran en ellos riquísima e inagotable materia para sus análisis, reflexiones y presentaciones.

Los mitos, se sabe, expresan, y a la vez reflejan, organizan y legitiman la totalidad de la cultura de los grupos humanos, justificando las estructuras existentes. De alguna manera «profunda y significativa ellos trazan, no solo la cosmovisión, sino la diacronía, simbólicamente configurada de las sociedades humanas, cualquiera sea su grado de complejidad e integración cultural».

> El mito es, por encima de cualquier otra cosa, esencialmente un lenguaje, tan complejo, funcional y rico como el constituido por el de los signos articulados que caracteriza a la raza humana.

El *Plan Curricular del Instituto Cervantes* menciona que el enfoque adoptado en dicho plan es el uso y el aprendizaje del español teniendo como fines la continuidad del alumno como agente social, capacitándolo para el uso del español como vehículo de comunicación; como aprendiente autónomo, siendo capaz de seguir su proceso de aprendizaje de forma autónoma una vez finalizado el curso; como hablante intercultural, promoviendo el acercamiento entre la cultura hispánica y la del país de origen, transmitiendo de esta forma una imagen auténtica y colaborando en la destrucción de tópicos y prejuicios.

Y es justamente en este último punto, el alumno como hablante intercultural, es en donde nos apoyamos para poner en práctica los textos mitológicos en la clase de ELE, teniendo como ejemplo al Plan Curricular IC, en donde se menciona que los componentes culturales están abiertos a nuevas opciones.

Según el *MCER* «El concepto de *plurilingüismo* parte de la idea de que en el proceso de aprendizaje de una nueva lengua los conocimientos lingüísticos que adquiere una persona no se incorporan a su mente en compartimientos estancos, sino que van consolidando un modo de competencia constituida por la compleja red de relaciones que se establece entre los conocimientos lingüísticos y las experiencias lingüísticas y culturales que esa persona va gradualmente adquiriendo. Este concepto se sitúa en el *MCER* desde la perspectiva más amplia del *pluriculturalismo*, que consiste, en síntesis, en la capacidad de relacionar de modo significativo las distintas culturas (nacional, regional, social) a las que accede un individuo y poder alcanzar, así, una comprensión más amplia y completa de cada una de ellas. Estas distintas culturas no se limitan, por tanto, a coexistir en la experiencia personal, sino que se comparan, se contrastan y se relacionan de modo activo hasta configurar la *competencia pluricultural*, de la que la *competencia plurilingüe* es un componente más que a su vez se relaciona con otros componentes».

La propuesta de esta comunicación es la de presentar dos textos míticos, en la forma de cuentos cortos, una, perteneciente a la gran tradición tupí-guaraní y la otra, de la etnia Nivaclé, incluida en la familia lingüística mataco-mataguayo.

Con estos textos haremos una aproximación, una presentación de la literatura indígena, de cómo estas etnias piensan sobre la naturaleza, sobre sus creencias, el vocabulario y su ideal como ser humano, pasando por la cosmogonía o el carácter monoteísta de estos.

En el primer texto se ve al Kurupi, mítico personaje de la etnoliteratura tupiguaraní, personaje éste, que lleva su miembro sexual enrollado a la cintura, y que con el cual captura a las doncellas desprevenidas que andan despreocupadas por los densos bosques, enlazándolas y aprovechándose de ellas.

La figura bastante «llamativa» del Kurupi ya se la puede usar como gancho, para atrapar a los alumnos.

Ya el segundo texto, de la etnoliteratura Nivacle, encontramos a dos personajes: Yiyooj, el tigre y Jump uvaay, el pajarito.

Yiyooj, el tigre, rey de los bosques, paseaba un día, fiero y hermoso, conciente de ser poseedor de sus atributos que El Creador le había dotado.

Y es que en un momento de su paseo vio a un pajarito jugando solo, en la copa de un árbol. Este subía en lo más alto de la copa y desde ahí se lanzaba en picada, y ya casi tocando el suelo levantaba vuelo. El tigre se sorprendió con los movimientos de tan delicado animal, y queriendo hacer lo mismo, empezó a subirse al árbol, cuando de pronto el pajarito le advierte que no lo intente emularlo, ya que no poseía alas. Yiyooj se quedó desconcertado, dándose cuenta de que no era el más perfecto de los animales, no tenía alas. Pero Yiyooj, el tigre, quería volar, por lo tanto decide pedirle prestado las alas al pájaro. Este se lo presta, temiendo que el tigre se enoje al desobedecerle. Sacó las alitas y lo pegó al pecho del amo con

la cera de las abejas. Después de varios vuelos, ocurrió lo que el pájaro temía: se le despegaron las alas y el tigre se precipitó a tierra. Desesperado, el pajarito acude con presteza y lo llama una y otra vez. Pero el tigre que quiso volar dormía para siempre, soñando que volaba por encima de los ríos y montañas, sin poder detenerse, alejándose más y más.

La vivencia de estos dos animales se puede muy bien adaptar a nuestra vida, a nuestro día a día, en donde el tigre, el todopoderoso de los bosques, al encontrarse con un delicado pajarito, se da cuenta de que no era del todo el más poderoso, ya que no podía volar y juguetear por los aires como el pajarito.

En la mayoría de los cuentos míticos que he tenido la suerte de leer, siempre se lo ve al individuo en su hábitat, en contacto con la naturaleza, y por detrás siempre hay una moraleja, una enseñanza que esta gente da a los niños especialmente.

La aplicación de estos textos en la clase varía de acuerdo al nivel y al objetivo del alumnado. Estos textos pueden ser usados en los niveles de acceso, A1, A2, hasta los niveles de maestría, C2.

Para el nivel A1, los cuentos pueden ser explotados tomando en cuenta el léxico más básico y también como repaso de verbos conjugados en el presente de indicativo. La lectura en voz alta, corrigiendo la pronunciación, es una tarea muy interesante y fomenta la curiosidad del alumnado sobre el contenido del texto, pudiéndose hacer esta actividad en cualquiera de los niveles mencionados.

Ya para los niveles superiores como el Avanzado, Dominio y Maestría, las actividades pueden girar en la búsqueda del vocabulario, específico o no, sus sinónimos y/o antónimos y una revisión de los diferentes tiempos y modos de los verbos.

Y teniendo en cuenta, por ejemplo, el enfoque por tareas, una tarea final sería la de comparar estas figuras míticas con las de Brasil, como por ejemplo el «boto color rosado», haciendo un paralelismo con los mitos de otras regiones, y, por qué no, los mitos indígenas del continente americano, que sin dudas, más de uno de nuestros alumnos debe saber historias contadas por sus abuelos, tíos, etc.

Las tareas pueden tener ejercicios de comprensión auditiva, por medio de textos ya conocidos y previamente preparados, comprensión lectora, usando el mismo texto de la destreza anterior y expresión escrita, en donde la tarea principal es la creación y ponencia de cuentos hechos por los alumnos a partir de personajes míticos conocidos o no, e inclusive inventados.

A continuación, los dos cuentos que sirven de modelo para las tareas sugeridas:

EL KURUPI Y LA MUJER

Cuentan que un hombre, que tenía de su mujer hijos todavía pequeños, yendo de cacería por el monte se encontró con el Kurupi, el cual le mató, y abriéndole el vientre le extrajo el hígado.

También cuentan que el Kurupi le despojó de su ropa y se la vistió. Así vestido, fue junto a la mujer del muerto. Al llegar a la casa la llamó:

— ¡Vieja!, ¡Vieja! Dónde estás.

— Aquí estoy —respondió la mujer. El Kurupi entró a la casa, y como la mujer no lo miró, pensó que fuese su marido.

— Tenlo, dijo el Kurupi. Traje carne sabrosa, ve a cocinármela. Le entregó el hígado que fuera del marido. Ella lo asó, y luego de traer la fariña, se sentó con los hijos. Sentándose también el Kurupi en la estera, junto a ellos, dijo:

— Comamos.

Comieron, y al acabar la comida dijo el Kurupi:

— Ahora voy a dormir. Trae a mi hijo conmigo, para que duerma.

El Kurupi se extendió entonces en la hamaca. La mujer le trajo al hijo y se lo puso al lado. Una vez que el Kurupi se durmió, la mujer se puso a observarle con detención. Y dijo:

— Este no es mi marido. Este no es mi marido. Este es el Kurupi.

Llenó con premura una cesta espaldera con sus cosas. Luego alzó al hijo de la hamaca y lo sustituyó con un leño que puso sobre el pecho del Kurupi. Cuando acabó de hacer esto, cargó la cesta con sus cosas, púsola a las espaldas, acomodó al niño a su pecho dentro del *typoi* y huyó.

Poco después se despertó el Kurupi. Se levantó, salió de la casa y dijo:

— ¡Ah! La mujer me burló.

Comenzó a llamarla a gritos, al tiempo que emprendía su búsqueda:

— ¡Vieja! ¡Vieja! ¡Dónde estás!

La mujer, que observó al Kurupi en su busca, reinició su fuga. Cuentan que la mujer corrió y luego alcanzó a treparse a una rama alta de laurel. Desde su posición vio llegar al Kurupi debajo del árbol, llamándola:

— ¡Vieja! ¡Vieja! Dónde estás.

Un *Uacara* que estaba posado en una rama del árbol cantó: ¡Manbuy! ¡Mambuy!

Ignorando el Kurupi que la mujer estaba subida al *mambuy* (el árbol del laurel), creyó que el árbol cantaba su nombre. Como no vio a la mujer, el Kurupi entonces volvió sobre sus pasos. Entonces la mujer descendió y echó a correr presurosamente hacia el monte. Cuentan que el Kurupi seguía diciéndose:

— Esa mujer me burló.

Reculando, el Kurupi se volvió nuevamente, vociferando:

— ¡Vieja! ¡Vieja! Dónde estás.

Al escucharlo, la mujer reinició su carrera, dirigiéndose a un gran tronco horadado, de cuyo interior saltó el sapo *Cunauarú*.

— ¡Ah, Cunauarú!, dijo la mujer. ¡Te ruego que me libres del Kurupi!

Se cuenta que el Cunauaru hizo una cuerda con la resina de su cuerpo, por la que la mujer subió al hueco del árbol. Llegó el Kurupi y volvió a llamarla:

— ¡Vieja! ¡Vieja! Dónde estás. Entonces dijo el Cunauarú:

— Ella está aquí.

Al oírle, cuentan que la mujer suplicó a sapo que no permitiera que suba el Kurupi.

— No temas, dijo el sapo a la mujer. Lo que quiero es matarlo.

Cuentan que luego, el Cunauarú embadurnó el tronco del árbol con la resina de su cuerpo. Llegó el Kurupi, rodeó el tronco con sus brazos y quedó adherido de la pelambre. Cuentan que ahí quedó muerto.

La mujer descendió luego de árbol con el hijo y corrió hasta su casa. La doncella que se casó con el karau.

Kuarahy y Jasy.

EL TIGRE QUE QUISO VOLAR

Un tigre habitaba en lo más espeso del monte.

Hermoso y fiero, temido y admirado era el señor. Se sentía feliz dentro de su piel lustrosa, con sus ojos rasgados y su a filadas uñas. El Creador le había dotado, además de sagacidad, fino instinto y ferocidad implacable. Qué más podría desear.

Paseaba una mañana por sus vastos dominios cuando vio a lo lejos moverse la copa de un árbol. Era el único árbol que se movía, y ni siquiera soplaba la más leve brisa. Extrañado pensó para sí: Quién será el individuo que mueve el árbol. E impelido por la curiosidad se dirigió hacia él. Se sorprendió en extremo al encontrarse con el Jump uvaay, un pequeño pajarito que se divertía jugando. Este volaba hasta la copa del árbol, y desde allí descendía en veloz vuelo. Lo hacía, una y otra vez, con alegría contagiante.

— ¿Qué haces? —le preguntó el tigre, Yiyooj.

— No ves, juego con el árbol —replicó Jump uvaay batiendo las alas.

Intrigado, volvió a preguntar el tigre. Y el pajarito, alagado por la atención que le dispensaba el amo, ensayó su mejor vuelo y su más peligrosa caída. Ya posado en una de las ramas del árbol le dijo:

— ¿Viste?

— Yiyooj, que nunca jugaba, deseó ensayar el juego, y ya se disponía a subirse al árbol, cuando Jump uvaay le advirtió:

— ¡Cuidado, Yiyooj! Tú no tienes alas para sostenerte en el aire.

El tigre quedó desconcertado. Él, que se tenía por el más perfecto de los animales, se veía impedido de ensayar el juego del humilde pajarito.

Tendiéndose, pensativo y desalentado, al pie de árbol. Poco después, se irguió y dijo al pajarito:

— Jump uvaay, préstame tus alas.

Y el pajarito, temeroso de desobedecer al tigre, sacóse las alitas y se las pegó al pecho del amo con cera de abeja.

— Ten cuidado —le advirtió. Esta cera no sostendrá las alas por mucho tiempo.

Alborozado, el tigre subió al árbol y desde la copa ensayó la caída al vacío, y luego el movimiento de las alas. ¡Qué sensación de plenitud! ¡Qué distinto se veía el mundo desde ahí arriba! Ahora sí era el amo absoluto!

Subió y bajó una y otra vez. Dos, tres, cinco, quince, y tal vez cien veces. El pajarito, desde la rama de un árbol cercano, reclamaba con aflicción:

— ¡Tigre, ! ¡Tigre! ¡Devuélveme mis alas, por favor! Pero el felino no le escuchaba, absorto en su felicidad.

— No te servirán por mucho tiempo, insistió Jump uvaay. El creador nos hizo diferentes. A cada uno nos asignó un oficio y un lugar en la tierra. Corres peligro si lo desobedeces.

Pero el Tigre, que no deseaba devolver las alas al pajarito, seguía con mayor entusiasmo con el juego. Cuando de pronto, en uno de los más arriesgados vuelos, se desprendieron las alas, y el tigre se precipitó a tierra, golpeándose la cabeza.

Jump uvaay, al verlo, acudió con presteza y le llamó:

¡Yiyooj! ¡Yiyooj!

Pero el tigre, que quiso ser pájaro, dormía para siempre, soñando que volaba por encima de los ríos y montañas, sin poder detenerse, alejándose más y más.

BIBLIOGRAFÍA

PEREZ-MARICEVICH, Francisco, 1996, *Mitos indígenas del Paraguay*, Asunción, El Lector, pp. 25- 26, pp. 112-113.

CHASE-SARDI, Miguel, 2003, *¡Palavai Nuu!, Etnografía Nivaclé*, Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica, Biblioteca Paraguaya de Antropología.